

perseguidos por sus creencias; y católicos, puritanos é independientes, buscaron en América un refugio para su conciencia; es verdad que muchos grupos fueron intolerantes, pero de ellos se desprendieron poco á poco otros cada vez más abiertos y más libres. De la necesidad de la libertad religiosa nacieron el instinto democrático y la libertad política. De modo que mucho antes de la emancipación, las colonias inglesas eran verdaderas repúblicas confederadas, así se educaron para sus futuros destinos.—La libertad, ideal religioso de aquellos hombres, era el factor supremo de su prosperidad. Si á esto se añade lo poco que costaban á las colonias sus administraciones, el régimen excelente establecido en muchas de ellas para adquirir la propiedad, y lo equitativo del sistema tributario, que tanto empuja ó atrofia á los pueblos nacientes, tendremos sumadas las causas primarias y secundarias de tamaño progreso. Y no hay que figurarse que el gobierno fué siempre previsor con las colonias; lejos de eso, las oprimió con tales taxativas en el comercio exterior y sometió su industria á tales prohibiciones, que las medidas del gobierno español respecto de sus colonias eran, comparadas con ellas, bien poca cosa. Este error fué la causa lejana de la emancipación, causa ya en actividad en pleno siglo XVII.

BIBLIOGRAFIA.—Historias de Francia é Inglaterra, *Lavisse* y *Rimbaud* (de preferencia á *Michelet* para los estudiantes), *Macaulay* y *Green*; en *Ranke*, Guerra de Treinta años; Historia de España de *R. St. Hilaire*, superior á La fuente en este período; *Philipson*, Luis XIV y su tiempo; *Meaux*, obra citada; *Rimbaud* la *Civilisation française*; *Himly*, Historia de la formación de la Europa Central; Historias de Hungría, Rusia y orígenes de Prusia por *Sayous*, del Papado por *Ranke* y *Hergenroether*; de las literaturas: inglesa, por *Taine*; española, *Ticknor*, *Shacke*, *Quintana*; francesa, por *Albert* y *Faguet*; de la filosofía, por *V. Cousin* y *Nourrisson*; de las ciencias, por *Hoefer*; de las artes, por *Baillet*; *P. Leroy Beaulieu*, La Colonización; la Expansión de Inglaterra, por *Seeley*.

EL SIGLO XVIII.

(1715-1789.)

Subdivisiones: La Regencia y Alberoni.—Rusia, potencia europea.—Prusia y Austria.—Los Borbones.—Inglaterra y su imperio colonial.—El antiguo régimen.

LA REGENCIA Y ALBERONI.

1. La herencia de Luis XIV.—2. El primer Borbón de España y el gran desigmo de Alberoni.—
3. Bancarrota de la Regencia.—4. El nuevo reinado.

1. *La herencia de Luis XIV.*—Luis XIV vió en su vejez á su familia segada por la muerte; era su heredero único un niño, su biznieto, que fué Luis XV. El Parlamento, tan odiado de la nobleza de sangre, porque en él habían absorbido los legistas todas las facultades que antes tenían los magnates siempre ausentes (v. la expresión vehemente y cómica de este odio en las Memorias de St. Simon); el Parlamento, desarmado por Luis XIV de los que llamaba *sus derechos*, tomó su desquite á la muerte del tirano; anuló el testamento que distribuía la Regencia entre Felipe de Orleans y otros príncipes, y declaró regente único, conforme á *la Constitución del reino*, á Felipe; éste, en cambio, se comprometió á respetar las antiguas prerrogativas del Parlamento, lo que, una vez en el poder, se apresuró á olvidar.—Era el príncipe de Orleans nieto de un hermano de Luis XIV, hombre de inteligencia, ambicioso, bravo, como lo había demostrado en las últimas guerras, y bondadoso por temperamento. Pero los vicios más innobles lo dominaban, y murió entregado á la crápula. La sociedad depravada, que la devoción de los últimos años de Luis XIV había contenido en la hipocresía, sacudió ruidosamente sus ataduras y comenzó esa vida de placer desenfrenado que la debía llevar cantando y gozando al abismo de la Revolución. El Regente y su estado mayor de perdidos (*roués*, dignos de ser enrodados), guiaba la enorme bacanal. Un tunante (un *drôle* dice St. Simon), vicioso entre los viciosos, y que llegó á ser arzobispo de Cambrai; sucesor de Fenelón! y cardenal, se encargó de la política exterior; no carecía ni de habilidad, ni de audacia, y tuvo el acierto y el patriotismo suficiente para determinar un cambio en la política francesa, proyectando y realizando una alianza entre el Regente y el nuevo rey de Inglaterra, Jorge I (de la casa de Hanover, ligada antaño por un matrimonio con la desposeída casa de los Stuarts). En virtud de esta alianza, el Regente hizo expulsar del reino al hijo de Jacobo II, conocido con el nombre de Caba

llero de San Jorge, que pretendía recuperar el trono de Inglaterra, y rompió la unión entre España y Francia, á pesar de los lazos de familia.

2. *El primer Borbón de España y «el gran designio» de Alberoni.*—Felipe V, piadoso, melancólico y retraído, se dejó gobernar por una francesa de gran talento á quien el mismo Luis XIV respetaba y que en realidad era el primer ministro, la princesa de Orsini ó de los Ursinos, como la llamaron los españoles. Ni ella, ni el gobernador de la hacienda pública, Orry, conquistaron la estima de los súbditos de Felipe, por su afán en introducir la centralización á la francesa y el orden en la recaudación del impuesto y los gastos. A la muerte de la primera mujer de Felipe, la de los Ursinos creció en importancia; era su gobierno una verdadera tutela. A pesar del dolor del rey, decidió casarlo con una princesa á quien también pudiera gobernar. Un abate á la italiana, intrigante y complaciente, designó para el enlace á Isabel Farnesio, princesa de Parma, que lo primero que hizo al llegar al tálamo, fué exigir el destierro de la de los Ursinos. El intrigante abate consiguió ser primer ministro y luego Cardenal; se llamaba Alberoni.—El fracaso de sus designios ha dado proporciones ridículas ante la historia á este hombre; valía más que su reputación. Su política tuvo una norma: restaurar la grandeza de España; para ello proyectó algunas reformas estimables en el interior, y aprovechó el mejoramiento de los rendimientos fiscales para proporcionarse una gran escuadra que asegurase á España la dominación de las rutas coloniales, é impusiese respeto á Inglaterra. Recobrar los dominios italianos debía ser el primer resultado de las empresas de Alberoni, y en ello tenía interés magno la nueva reina para asegurar un patrimonio á sus hijos. Alberoni no contaba con que los tiempos habían cambiado desde el siglo XVI, y que para impedir toda preponderancia marítima á cualesquiera de las otras monarquías europeas, se había organizado el pueblo inglés en el último siglo. El audaz Cardenal, que se soñaba un Mazarini, promovía serias dificultades al Imperio, á Inglaterra, contra la cual quería arrojar al pretendiente Estuardo y al aventurero Carlos XII, de Suecia.—Contra el Regente de Francia tramó una gran conspiración acaudillada por el embajador de España Cellamare, que fracasó lastimosamente.—De improviso, en 1718, invadió la Sicilia; la escuadra inglesa entonces batió y destruyó á la española en el canal de Malta; los imperiales invadieron Italia; los franceses pasaron los Pirineos, y Felipe se vió obligado á destituir á Alberoni y á pedir la paz.

3. *Bancarrotta de la Regencia.*—Luis XIV había dejado una deuda de 400 millones, de los que 160 eran inmediatamente exigibles; todos los rendimientos presentes y gran parte de los futuros se habían agotado en Francia;

y aunque se introdujo cierto orden y se procuró reducir la deuda y cambiar los títulos que poseían los acreedores por otros nuevos que se llamaban billetes de Estado, que ganaban un interés y que podían servir para pagar ciertas obligaciones al Estado mismo, el descrédito era grande y el papel del gobierno nada valía. Entonces se presentó un financiero escocés, inteligente y quizás honrado, pero iluso y audaz. Law, y con la anuencia del Regente y ayudado por toda la fuerza del Poder, se propuso desarrollar un *sistema* que consistía en substituir la moneda metálica por la moneda de papel, depreciando el oro y la plata á fuerza de decretos en que la Administración, que prefería recibir papel del Banco de Law á recibir dinero, acabó por entregarse en manos del banquero. Este monopolizó todas las fuentes de la riqueza pública; subió al Ministerio de Hacienda, hizo convertir su Banco en una institución de Estado, formó una compañía para explotar la Luisiana, de cuya riqueza se contaban prodigios; las acciones empezaron por valer cien pesos, y llegaron en un año á valer cuatro mil, lo cual indicaba una especie de vértigo ó locura, resultado de una fiebre incombustible. Todo el que tenía dinero lo cambiaba por *papel* para aprovechar el alza y realizar una fortuna de un día á otro; y como todo se pagaba en papel, se levantaron grandes edificios, se construyeron obras suntuosas y el lujo tomó proporciones increíbles. Mas como el Banco seguía emitiendo sus billetes por centenas de millares, llegó un momento en que aquella mercancía de capricho público y de *agiotaje*, por su abundancia comenzó á bajar; entonces principió la realización, luego el pánico, porque el Banco no tenía metálico, y al fin la catástrofe más espantosa, porque los millares de personas que habían cambiado sus ahorros por papel, se encontraron con que éste, por falta de valor intrínseco, no valía nada; la ruina fué completa, y sólo se aprovecharon del *sistema* unos cuantos que habían recogido todo el oro que los incautos cambiaban. En vano el gobierno prohibió los pagos en metálico y persiguió á los que lo tenían; aquello era insensato; Law se fugó y se declaró una inmensa bancarrotta más. El error del autor del *sistema* consistió en confundir los precios con los valores, y creer que el papel moneda creaba esos valores, lo que sólo hace el trabajo (v. el estudio de Courcelle-Seneuil sobre Law y sobre la fisonomía de la sociedad de París en aquella época, *la Regencia* de Michelet).

4. *El reinado de Luis XV.*—Mientras se verificaba esta brusca dislocación de la riqueza, y una legión de advenedizos, ávidos de gozar, acentuaba la depravación de las costumbres, la Francia nueva entregada á los placeres, apenas los interrumpía para espantarse de la peste de Provenza que mató cincuenta mil personas en Marsella y dejó á Tolón reducida á la tercera parte de

sus habitantes; por fortuna, entonces se demostró que los supremos resortes morales de la abnegación y el sacrificio no estaban disueltos aún.—Entretanto Luis XV llegó á la mayor edad, e. d., á los trece años, amable y simpático, pero cruel y con una singular y precoz aptitud para el vicio. Dubois fué su primer ministro y lo subordinó todo al deseo de obtener el sombrero de Cardenal, que logró, muriendo poco después. El exregente entonces, embrutecido ya por el vicio, fué el primer ministro del rey adolescente; en 1723 murió de un ataque apoplético y se encargó del gobierno otro príncipe de la sangre, el duque de Borbón, nieto del gran Condé, muy inferior al Regente por la inteligencia y superior por la depravación; casó á Luis XV con la hija de un rey de Polonia, Estanislao Leczinski, que, destronado ya, vegetaba en Francia. Mayor que el rey, la buena y piadosa María Leczinska estaba destinada á ser la resignada y silenciosa víctima de su esposo.—Al inepto Borbón sucedió en la dirección de los negocios el anciano Fleury, después Cardenal, preceptor que había sido del rey, y cuyo programa político podía resumirse así: paz y economía. Y como Inglaterra era el más temible enemigo, Fleury economizó, sobre todo en la marina, abandonándola casi, con gran contentamiento de los ingleses; á pesar de todo, se vió envuelto en una guerra á causa de la nueva elección del suegro del rey para el trono de Polonia. El rival de Estanislao era el gran duque de Sajonia, protegido por el Emperador; con éste fué la lucha, en que todavía los viejos generales de Luis XIV, Berwick y Villars, obtuvieron algunas victorias. La paz de Viena (1738) compensó á Estanislao la pérdida de Polonia con el ducado imperial de Lorena, que á su muerte debía unirse á Francia. Esto sucedió en 1766, y entonces Lorena fué francesa, como desde los tiempos de Luis XIV lo era Alsacia; mas la Revolución había de convertir esta unión política en una profunda asimilación de estas regiones germánicas á la patria francesa.

RUSIA, POTENCIA EUROPEA.

1. Pedro el Grande.—2. Un gran aventurero coronado.—3. Las reformas.—4. Los herederos.

1. *Pedro el Grande de Rusia.*—Rusia, bizantina en sus orígenes, asiática luego, se aproximaba poco á poco á la Europa de la civilización, al través de dos obstáculos que parecían cerrarle el paso al continente: los polacos y los suecos. Los tres primeros emperadores de la familia Romanoff hicieron adelantarse esta obra, consumada por Pedro el Grande y Catarina II. En su niñez, Pedro se había visto expuesto á graves peligros, porque, aunque de nombre partía el Gobierno con un hermano imbecil, de hecho quien lo ejercía, gracias

á una tremenda revolución de las milicias privilegiadas de los *streltzi*, era su hermana mayor Sofía. Pedro creció fuerte, aficionado locamente á los ejercicios físicos, pero ávido de conocer las ventajas de la civilización; admirador del feroz Ivan y amigo de las artes mecánicas; apasionado por la cultura europea, pero dominado por instintos salvajes.—Logró derrocar á Sofía y comenzó á gobernar en 1689; su aspiración suprema era abrir á Rusia una gran puerta hacia el Occidente en el Báltico dominado por los suecos, y otra hacia el Oriente islámica, hacia el camino de Constantinopla que los conquistadores turcos habían usurpado y que debían devolver á los esclavos rusos, herederos de Bizancio. Empezó por lo más popular, la guerra con Turquía, y se apoderó de Azoff, sirviendo en el ejército como simple capitán. Empezó luego un viaje por el Occidente en compañía de una gran embajada, pero de *incógnito*; trabajó en los arsenales de Holanda y de Inglaterra, visitó varias Cortes y en todas causó sorpresa por su inteligencia y sus rudas maneras. La milicia nacional y privilegiada de Moscow, los *streltzi*, de acuerdo con Sofía, que desde el fondo del convento en que estaba encerrada explotaba la aversión popular contra los alemanes, autores de las tendencias reformistas del Tzar, se sublevó en la colonia del Mar Negro y amenazó la capital. El Tzar volvió rápidamente á Moscow y ahogó en sangre la revuelta, ejecutando él mismo á varios de los rebeldes y colgando en cada una de las almenas de la gran ciudadela militar y religiosa de Moscow, el Kremlin, el cadáver de un *stredlets*; esta milicia quedó totalmente suprimida. Después redujo á la obediencia á las tribus libres de *kosaks*, acampados en el Don, y durante su lucha con los suecos, quedaron definitivamente sometidos los *kosaks* de Ucrania, después de la insigne traición de su jefe ó *hetman*, el famoso Mazeppa.

2. *Carlos XII de Suecia.*—El Báltico, que con razón quería dominar el Tzar, era un Mediterráneo sueco, y los suecos eran todavía soldados de primer orden; Rusia entró, pues, de buen grado en una coalición promovida por el rey de Polonia, Augusto de Sajonia, con objeto de aprovechar de la inexperiencia del casi adolescente rey de Suecia, Carlos XII, para quitarle los litorales del Báltico entre Dinamarca y Finlandia. Mas era Carlos XII un hombre singular; todo su genio militar, que por algún tiempo asombró al mundo, consistía en la temeridad de sus designios y en el valor con que los ejecutaba. Puchkine, el gran poeta ruso, dijo de él que quería gobernar la suerte como si fuera un regimiento, al son del tambor; su lectura favorita eran los poemas ó *sagas* escandinavos y sentía revivir en él el alma de los *wikings*; por eso le han llamado «el último Varega.» No tenía vicio alguno; era casto y sobrio como un anacoreta; sólo tenía una pasión, pero inmensa: la gloria. Comenzó